



La torre de Capitello, vetusta mole que se yergue sobre el mar, enfrente mismo de Ajaccio, que se divisa á vista de pájaro en el fondo de la bahía.

CAPÍTULO PRIMERO

ESTADO DE Córcega EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DE NAPOLEÓN

Para mejor comprender cómo se formó el carácter moral é intelectual de Napoleón, es necesario trazar un bosquejo de la época en que nació el futuro emperador, pues los sucesos inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento ejercieron grandísima influencia en la orientación de su carácter, de sus ideas y de su destino. El estudio de los más notables acontecimientos que en aquel momento de los tiempos registra la historia de Córcega, puede contribuir, en efecto, á enlazar las sucesivas modificaciones del carácter de Napoleón, que si bien fué siempre ardiente é impetuoso, alteraron algún tanto su manera de juzgar á los hombres y los hechos de su época. Las cualidades preeminentes que en su personalidad subsistieron, tenían, por decirlo así, la grave y solemne huella de los sucesos acaecidos en su país en todo tiempo, pero particularmente en el período de su nacimiento, que presenció la definitiva anexión de Córcega á Francia.

Conviene considerar ante todo que Napoleón, por cuyas venas corría sangre de extraordinaria viveza, había recibido en don natural los elementos constitutivos de su privilegiado carácter. Todo corso está congénitamente animado del espíritu de independencia y de familia. El sentimiento particularista les domina por entero, á causa tal vez de residir en un país separado del continente por el mar y dividido en sí mismo por montañas que forman profundas quebraduras y largos y angostos valles. Siempre fueron los corsos pocos en número, pero como tenían frente á ellos el dilatado espacio que el mar les abría, robustecieron vigorosamente el exclusivo espíritu de libertad. Además, situado su país en el centro del mundo antiguo, de manera apropiada para excitar la codicia de las circundantes naciones belicosas, se vieron los corsos precisados á mantenerse arma al brazo contra las repetidas invasiones que asolaron la isla. El instinto guerrero creció á expensas de cualquier otro, por efecto de la desesperada resistencia, reiteradamente secular, contra las ambiciones de los pueblos más ó menos poderosos de la cuenca mediterránea. Estaba Napoleón á punto de nacer cuando recrudecieron las atroces luchas, jamás apaciguadas, que los corsos sostenían contra los invasores, sin reparar en su poder ni en su número.

Ultimamente habían resistido con todas las energías de la desesperación el absoluto dominio que la república liguriana intentó establecer en las montañas corsas. Centenares de isleños se habían visto en la necesidad de salir del país para escapar á las terribles persecuciones de Génova, entrando al servicio de las potencias latinas, y los que en la isla quedaron, se convirtieron, casi sin excepción, en soldados de admirable valentía, pues á tanto les llevó la hereditaria costumbre de las preocupaciones guerreras de un pueblo constantemente obligado á dar en rostro á todo linaje de invasores, y rarísimos fueron los que dejaron de empuñar las armas.

En 1764, algunos años antes de que Francia se anexionara la isla de Córcega, se había visto Génova en la necesidad de solicitar extranjero auxilio para someter á los corsos, que amenazaban apoderarse de las pocas poblaciones que la república conservaba aún en su poder. Recurrió á Francia, que le era deudora de unos cuantos millones, y Francia pagó esta deuda guarneciendo las plazas que Génova estaba

á punto de evacuar. Pero no pudiendo Francia prolongar indefinidamente el auxilio, convinieron ambas en que al cabo de cuatro años, en 1768, cedería Génova á Francia todos sus derechos sobre Córcega. En 1769 se ratificó definitivamente este convenio.

Paoli, en aquel entonces general en jefe del ejército corso, no se lavino á que su país fuese objeto de compra-venta, considerando no sólo la iniquidad de disponer de un pueblo sin su consentimiento, sino además que Génova no tenía derecho alguno sobre los corsos, quienes habían protestado continuamente contra la toma de posesión de la isla. Sordo se mostró á estas quejas el primer ministro francés, duque de Choiseul, cuya perspicacia política había comprendido la gran importancia de Córcega bajo todos aspectos y deseaba convertirla en próspera colonia que fuese á manera de vanguardia de las costas mediterráneas del reino.

Convencido Paoli de la inutilidad de sus esfuerzos para que el duque de Choiseul reconociera la autonomía de Córcega, se dispuso á la guerra. Era hombre hábil y, sobre todo, muy popular en el país, por su especial atractivo para ganarse las voluntades tanto de los campesinos como de los montañeses, y así fué que la isla en masa respondió al llamamiento. El 22 de Mayo de 1768 se reunieron en Corte los delegados de las poblaciones y Paoli expuso ante la asamblea con toda claridad el motivo que los reunía, diciendo: «¿Conviene aceptar la anexión en las para nosotros deshonrosas condiciones en que se ha estipulado ó conviene resistir á todo trance?» La asamblea gritó unánimemente: «¡Guerra! ¡Guerra! ¡Libertad ó muerte!» Bien sabía Paoli que la lucha había de ser porfiada y angustiosa, pues no ignoraba que Francia disponía de inagotables recursos. Así es que empezó por solicitar el auxilio de algunas potencias extranjeras cuya mal encubierta hostilidad á Francia le era bien conocida, pero no tuvieron éxito sus exploraciones.

La campaña emprendida entonces por Francia se dividió en dos expediciones: la primera al mando del marqués de Chauvelin, general inepto, ascendido á este empleo por las intrigas cortesanas con que se había captado la amistad del rey y conseguido el cargo de guardarropa mayor de palacio. Mas no bastaban estos títulos para luchar contra un pueblo aguerrido y espoleado además por la energía de la

desesperación. El 18 de Octubre de 1768 el marqués de Chauvelin fué completamente derrotado en la batalla de Borgo.

Francia no podía resignarse á tan sangriento desastre, y comprendiendo que había de habérselas con un enemigo expertísimo en el arte de la guerra, dotado de incomparables cualidades de energía y resistencia, alistó una poderosa expedición, compuesta de 45 batallones de infantería, tres regimientos de caballería y bastantes cañones, con las correspondientes compañías auxiliares de ingenieros y zapadores. Tomó el mando de esta expedición el general conde de Vaux, táctico habilísimo y muy famoso entre las tropas por su riguroso amor á la disciplina militar. En cuanto se puso al frente del ejército, reunió á los jefes y oficiales de todos los cuerpos y les arengó de esta suerte: «Señores, el rey me ha ordenado deciros que está descontento del ejército, algunos de cuyos jefes han caído en la cobardía de capitular. Por lo tanto, prohibo que en lo sucesivo ningún comandante de destacamento lleve consigo pluma ni papel. El rey desaprueba muy particularmente el armisticio, considerándolo como una mancha en nuestras banderas, y espero que lograremos lavarla.»

El éxito feliz que la campaña tuvo para las armas francesas correspondió á la enérgica acción del conde de Vaux, pues no obstante los prodigios de valor realizados por Paoli y el carácter de extrema desesperación que dió á la resistencia, quedaron los corsos aniquilados en la batalla de Pontenuovo (8 de Mayo de 1769).

Dejando á sus paisanos en libertad de convenir un arreglo con los franceses, resolvió Paoli partir para Inglaterra y el 13 de Junio se embarcó en un buque de la escuadra inglesa que, al mando de lord Smitley, anclaba en Portovecchio. Sin embargo, no por ello cesaron los corsos en la resistencia, pues aunque Paoli había abandonado el campo, creyendo perdida la situación y viéndose incapaz de recobrar el terreno ganado por el tan numeroso y bien disciplinado ejército enemigo, cuyos ímpetus acrecentaba la victoria, quedaban aún otros patriotas de temperamento lo suficientemente belicoso para repugnar la sumisión al invasor ni asentir al humillante trato de que la isla había sido objeto entre la república liguriana y la monarquía francesa.

Pero los horrores de la guerra campeaban en toda su crudeza, puesto que los corsos combatían sin ambuancias sanitarias y nadie

curaba á los heridos. Lastimados por ello los sentimientos humanitarios de un oficial francés, le preguntó á un soldado corso: «¿Qué hacéis al veros heridos?» Y el corso respondió: «Morimos.» Fácilmente se comprende que de un pueblo tan violentamente inspirado y tan indómito pudieran salir todavía hombres capaces de continuar la lucha, que el general Paoli diputaba temeraria después de la derrota



Entrada de la cueva del Casono, una de las mayores de la isla

de Pontenuovo. Entre estos caudillos, henchidos de indómita fiereza, sobresalía Carlos Bonaparte, por su arrojo demostrado en diferentes ocasiones durante la reciente campaña. Cuando la derrota de Pontenuovo y después de embarcado Paoli con rumbo á Inglaterra, opinó Carlos Bonaparte que era preciso continuar la lucha á toda costa, y á este fin tuvo el proyecto de reunir á los patriotas corsos en Corte, capital de la isla, para desde allí tomar la ofensiva contra Vaux y acosarle en línea progresiva. También se organizó en otros puntos del territorio la resistencia contra los franceses, que para los corsos eran tan opresores como los genoveses. En la campaña apenas podían adelantar un paso los generales Lucker y Arcambul, no obstante disponer de 4.000 hombres; y en la montaña, los guerrilleros Ab-